

**EDICIONES
DEL VALLE**

Santiago del Estero
952
1075 - Buenos Aires

Tel: 4305 - 5206

LIBROS

edición y
ventas



La merecía ajuision internacional del escritor argentino Adolfo Pérez Zelaschi y el amplio reconocimiento de que goza en nuestro país son la natural consecuencia de la calidad artística que el autor exhibe en sus más de veinte libros de cuentos, novelas y poesías. De los muchos elogios cosechados por Pérez Zelaschi rescatamos aquellos destacando la atención que logra de los lectores gracias al estilo sereno por él desarrollado y las acciones dinámicas y coloridas de sus creaciones literarias. Ha sido uno de los primeros y mejores oficiantes del género policial en latinoamérica. Su publicación SUMA LX- obra de 1998 - lo muestran como excelente poeta, hacedor de verdaderas joyas de la poesía libre y medida.

Larga es la lista de premios que le han sido otorgados y su detalle supera la posibilidad de esta semblanza. Recordamos que el maestro Pérez Zelaschi es miembro de número de la Academia Argentina de Letras.

Correspondencia con el autor:

Wright 2218

1684 - El Palomar - Bs.As. Argentina

Tel: 4751 - 6412

ESCRITORES RECIÉN PUBLICADOS:

Carlos Adolfo Burgos

María Cristina Giuntoli

Cayetano Ferrari

María Leone

Mary Gallegos

Carlos Ma. Romero Sosa

Carmen Hebe Tanco

Director - propietario de la colección:

Carlos Pensa

Corrientes 2963, 1° "G"

1193 - Buenos Aires - Argentina

Tel/fax: 4863 - 2552

carlospensa@infovia.com.ar

Distribución Mundial

33

todo es **Cuento**®

y

adolfo

PÉREZ ZELASCHI

↑ Coleccionable ↓

Junio de 2000

a. P. Z.

EL PROFE

Naturalmente sabía desde siempre que cuando se cierra trato en uno de estos negocios hay que cumplir, sí o sí, por varias razones. Entre otras de menor importancia, para mí las principales son tres: la primera, que al que se mete en este oficio le resulta muy difícil, casi imposible salir; la segunda, que aunque yo soy un profesional más o menos conocido y casi sin competidores, los pedidos son pocos, los clientes todavía menos y hay que cuidarlos honrando la palabra dada por más que haya sido empeñada en la mayoría de los casos a desconocidos; la tercera, que si uno se hace el vivo lo mandan antes de tiempo y de mala manera a tocar el arpa junto al Padre Eterno. Bien, para empezar con lo convenido seguí unas cuantas noches al gordo que me señalaron para conocer sus costumbres. Así supe que entre las once y las doce salía del restaurante donde cenaba diariamente, cruzaba la calle hasta la plaza de enfrente, muy arbolada y sombría, daba tres o cuatro vueltas alrededor caminando ligero para bajar la comida y después se iba a su casa que está ahí nomás en la otra cuadra. Ya seguro de esto, a las once menos cuarto de un martes de agosto, me estacioné en mi auto en un costado poco iluminado de la plaza, donde no pasaba ni un gato porque era tarde y hacia frío, revisé de nuevo el arma y esperé. Por fin, como a la media hora lo vi aparecer, casi al trotcito, bajé el vidrio de la ventanilla y cuando pasó frente a mí lo llamé por el apodo que me habían dado: "Eh, Carloncho!" Él se paró mirando para todos lados porque era algo corto de vista "Aquí, en el auto, soy Pedro!" Entonces él se acercó preguntando: "Eh, ¿quién?, ¿Pedro?", y cuando lo tuve a un metro, disparé. Justo al cuore porque donde pongo el ojo pongo la bala. Ni necesité mirarlo para saber que el pobre gordo ya volaba al cielo. Lo que yo sí necesitaba era rajar en el acto. Para eso giré enseguida la llave que ya tenía puesta en el arranque pero el motor no respondió. Probé otra vez y nada y lo mismo ocurrió tres, cinco, diez veces, nada, ni un ruidito, mudo como una piedra, nada de nada. Tan empuerrado y a las puteadas estaba tratando de que arrancara, porque el tiempo era más que oro, que ni cuenta me di que un patrullero había parado detrás de mi auto y que a los dos de azul que venían en él los tenía delante de mí, uno cubriéndome con la ametralladora y el otro ordenándome, pistola en mano, que bajara muy despacio, sin hacerme el loco tratando de agarrar la 45 que yo había dejado en el piso. Como no tenía más remedio que obedecer salí moviéndome en cámara lenta y a su cortés, amable y cariñosa solicitud, debí acostarme en el suelo boca abajo con las manos en la espalda para que me las esposara-mientras su compañero pedía por el handy refuerzos que llegaron al minuto, dos, tres, cuatro patrulleros y al poco rato también un fiscal con dos tipos más.

Con el finado tirado ahí, yo en el auto, la pistola con un tiro comprobable y sin duda con rastros de mis dedos en el metal, de ésta -pensé-, no me salva ni Dios. Y no me salvó, pues como él conoce todo lo habido y por haber, sabía que, aparte de tener yo un prontuario muy fulero, me buscaban por evasión y también por otro fiambre, mejor dicho, por respeto al difunto, por el súbito fallecimiento, de uno de esos a los que llaman reyes de la noche, que tienen infinidad de competidores, precisamente debido a una bala en el corazón que, como se sabe en el ambiente y desde luego en la policía, es mi especialidad. Sí, tal vez mi vanidad de tirador me haya perjudicado en estos y otros casos, pero yo no puedo ser confundido con esos mercachifles baratos que tiran al tontún.

Decía mi madre que las desgracias suelen venir de a pares, como los mellizos, de esto puedo dar fe; una, porque según me enteré después el auto no arrancó por habersele aflojado un

borne de la batería, posiblemente por un barquinazo al cruzar demasiado rápido un bache o un lomo de burro; dos, porque esa misma noche alguien entró en el departamento donde yo vivía bajo otro nombre y se llevó de vuelta los tres mil verdes cobrados como seña y a cuenta de los seis mil convenidos en concepto de honorarios. No sólo eso: me confiscaron íntegra la plata que guardaba para ir durando cuando no hubiera trabajo, pagar a mi abogado de costumbre y también, si era necesario, aceitar la balanza de doña Temis. A ésta una vez la vi retratada en un cuadro, una señora bastante robusta, vestida como una romana y sentada en un trono con los ojos vendados sosteniendo una balanza con dos platillos bien equilibrados. Sin faltar al respeto debido a tan ilustre dama, yo sé que si ella oye que alguien deja caer varias monedas en uno de éstos, se baja con disimulo la venda, mira y dándose por enterada, le hace un guiño y una sonrisita al donante y vuelve a cubrirse los ojos y quedarse tan seria como antes. Pienso que actúa así para que la gilada, perdón: para que la buena, honrada y trabajadora gente común siga creyendo en su imparcialidad.

Ya dije que esos mal paridos me dejaron en pelotas y como en el circo por la guita baila el mono mi defensor de otras veces, seguro de que no podría cobrarme nada ni antes ni después, se excusó alegando enfermedad. Lo perdono de todo corazón porque según supe la excusa se le volvió realidad y el pobre está con un cáncer al hígado del que ojalá se salve. En vez de él, zorro veterano, capaz de cantar los códigos hasta dormido, me tocó en suerte un novato tan útil para mí como un salvavidas de plomo.

Tampoco pude empiojar la causa complicando a otros, pues hasta hoy desconozco quienes fueron mis mandantes. Las líneas gruesas del asunto las negociamos de palabra. Cuando era necesario ellos me llamaban al teléfono celular que siempre llevo conmigo para que nadie sepa donde estoy pero sin darme el número desde el cual se comunicaban y, menos, desde donde hablaban. Los detalles finales los ajusté con un fulano al que nunca había visto, parados los dos un mediodía en la esquina de Córdoba y Florida, donde a esa hora pasa infinidad de gente. En el mismo lugar, pero ya yo solo me hicieron llegar las señas usando de mandadero a un pibe morochito de unos diez años. Me preguntó si yo era el profe, le contesté que sí; me dio un sobre cerrado con cinta scocht, me dijo chau y se fue corriendo. En efecto, a mí me apodan el profesor, o más corto, el profe. Esto viene de que cuando me metían adentro yo aprovechaba para leer los libros de la biblioteca de la gayola y así me volví medio intelectual. Algo de esto ya lo habrán adivinado ustedes, por mi manera de hablar, salvo algunas palabras que se me han pegado sin querer.

Me sentenciaron a perpetua más reclusión por tiempo indeterminado y las accesorias de rutina. Y aquí estoy en el penal del que hace tres años me escapé sin violencia, sin escándalo, sin joder a nadie. De qué manera lo hice sólo se la contaré a San Pedro cuando me toque ir para allá arriba. Aquí abajo, a nadie porque tal vez pueda repetir la cosa incluso mejorándola. Pensándolo a fondo no sé si esto es para mi mal o para mi bien. Muchos se sorprenderán de semejante duda pero es que desde hoy en adelante tendré tiempo más que suficiente para algo que quise hacer desde muchacho y nunca pude concretar por falta de tranquilidad y es componer letras de tango. Por ejemplo, y aunque no estoy seguro de cómo quedará mejor si al principio o modo de estribillo ayer me salió redonda una cuarteta que dice así "Cuando nos llega una pena / no es para que otra se vaya; / las dos se quedan adentro como si fueran hermanas." A mí me parece bastante buena pero no sé lo que opinarán ustedes.

Adolfo Pérez Zelaschi